

DANIELLE LORI

La
TENTACIÓN
más oscura

ELLA QUIERE ESCAPAR;
ÉL QUIERE VENGANZA.

CROSS
BOOKS

DANIELLE LORI

La
TENTACIÓN
más oscura

CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2025
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *The Darkest Temptation*
© del texto: Danielle Lori, 2020

© de la traducción: Alicia Botella y María Brotons, 2025
© Editorial Planeta, S. A., 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: mayo de 2025
ISBN: 978-84-08-30364-0
Depósito legal: B. 7.018-2025
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados
de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene
el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás
contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa
de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento
de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conflicencia.com o por
teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera
de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia
artificial.

Capítulo 1

fernweh

Anhelo por un lugar lejano.

Mila

Con la respiración entrecortada por la carrera, dejé caer los tacones sobre la hierba y caminé descalza por nuestro césped recortado. No me detuve hasta que subí al terraplén rocoso y sentí las frías olas lamiéndome los dedos y el bajo del vestido. Jadeé mientras el sudor brillaba sobre mi piel bajo la pesada luz de la luna. Una suave brisa me agitó el pelo e hizo susurrar las palmeras y mis mangas de encaje, pero ese paraíso me oprimía con tanta fuerza como el cinturón de Dior que ceñía mi cintura.

La carrera de ocho kilómetros no había bastado para deshacerme de la sensación irascible que se expandía en mi interior. Aunque, como siempre, el mar me calmó.

Me moría de ganas de arrancarme las perlas del cuello, de hacer trizas mi vestido como lo hicieron las hermanastras de Cenicienta, pero eso demolería una fachada que llevaba

tanto tiempo manteniendo que no estaba segura de lo que había debajo. Así que, en su lugar, clavé las uñas con manicura francesa en mis palmas.

Tenía que haber algo más, otro mundo más allá de las puertas de The Moorings, pero el anhelo por una vida más allá de la opulencia encendía la culpa en mi estómago. Al contemplar la bahía Biscayne, el ancho y resplandeciente camino que llevaba hacia el infinito océano, me sentía tan anclada y a la deriva como la boya que se balanceaba en el agua. La única diferencia era que yo flotaba en un vulgar mar de esperanzas.

Cerré los ojos y recité mentalmente: *«Je vais bien. Tu vas bien. Nous allons bien»*.

«Estoy bien. Estás bien. Estamos bien».

Apenas pude disfrutar de unos segundos a solas antes de que la presencia familiar de Ivan me acariciara la espalda. Se había puesto a mi lado y la chaqueta de su traje me rozaba el brazo desnudo.

—No puedes salir corriendo así, Mila. —El acento ruso y el énfasis hacían que su voz sonara áspera.

La imagen de Ivan con traje y malhumorado persiguiéndome por las calles de Miami me hizo gracia, pero la diversión se desvaneció con la siguiente ola que golpeó las rocas.

—Si continúas siguiéndome como un acosador, acabaré sintiendo algo por ti —respondí secamente.

Me miró.

—Sabes que es mi trabajo.

Ivan vino a casa hace años con papá después de uno de sus viajes de negocios a Moscú. Como en aquella época yo solo tenía trece años y él me sacaba ocho, me parecía el chico más guapo del mundo. Me enamoré de su acento, de su entrañable y limitado conocimiento del idioma e hice un ridículo espantoso siguiéndolo por toda nuestra gran casa colonial.

Ahora me seguía él a mí.

Tenía una mano en el bolsillo de los pantalones y con la otra me dio una cajita de terciopelo rojo.

—De tu padre.

La miré durante un largo segundo hasta que me decidí a cogerla y a abrirla. Unos pendientes azules en forma de corazón. Mi padre siempre decía que llevaba el corazón en la mano. Las piedras eran falsas. Él sabía que nunca llevaría unas auténticas, no tras ver *Diamante de sangre* de preadolescente.

No era la primera vez que me enviaba un regalo después de perderse algo importante para mí. La diferencia era que, esta vez, ya no podía ignorar por más tiempo ese presentimiento, esa sospecha incipiente.

—Espero que no te hayas hecho daño —dije.

Ivan me devolvió una mirada inquisitiva.

—Hurgar en el cajón de regalos de recompensa de papá es un trabajo agotador.

Con un suspiro, se pasó una mano por el cabello rubio.

—Está preocupado, Mila.

—Pues últimamente tiene un modo muy peculiar de demostrarlo.

—Está muy ocupado —señaló Ivan—. Ya lo sabes.

Emití un sonido evasivo. Papá debía de estar más ocupado que el presidente para poder justificar por qué no se había dejado ver en los últimos tres meses. Se había perdido las dos últimas vacaciones y ahora también mi vigésimo cumpleaños.

Cada año celebrábamos mi cumpleaños en la misma mesa del mismo restaurante de cinco estrellas sin falta. Mi padre pedía un bistec. Yo le sonreía a Enrique, el dueño y chef que nos tomaba nota personalmente desde niña, y que cambiaba el plato por otro más saludable para el corazón. Se

suponía que papá debía controlar su colesterol. Yo me inquietaba y él discutía, pero, al final, acababa cediendo.

Esa noche me había quedado ahí sentada durante dos horas con Ivan y junto con mi reflejo inmaculado en el plato de porcelana hasta que la fiesta de cumpleaños de la mesa contigua estalló y destrozó mi determinación con confeti dorado. Ivan estaba charlando con una camarera en la barra cuando escapé del restaurante y corrí ocho kilómetros hasta casa.

—Nunca había pasado fuera tanto tiempo, Ivan... —Mi voz se apagó antes de que pudiera terminar la frase—. Algo no va bien.

Como de costumbre, las mismas palabras ambiguas de siempre empezaron a brotar de sus labios: «muy ocupado», «acuerdo importante de negocios», bla, bla, bla. Decidí ignorarlo y centrarme en una solitaria gaviota que se elevaba sobre el agua. Me daban envidia sus alas, el coraje para saltar del nido sin saber siquiera todavía si podría volar. Ahí estaba yo, atrapada detrás de unas puertas doradas de Dior y del deseo de aprobación de mi padre.

No me di cuenta de que me había dado la vuelta para alejarme hasta que Ivan me agarró del brazo.

—¿A dónde vas?

En mis labios flotaban las palabras «a casa», pero me salió algo completamente diferente, algo que incluso me sorprendió que saliera de mi boca:

—A Moscú.

¿El tranquilo y sereno Ivan Volkov había palidecido al oír esa palabra o había sido fruto de mi exagerada imaginación? Me soltó el brazo y su intensidad silenciosa me dejó paralizada sobre la piedra mojada.

—A Moscú —repitió lentamente como si no me hubiera oído bien.

Arqueé una ceja.

—¿La capital de Rusia? ¿Mi lugar de nacimiento? ¿El...?

—*Zamolchi*. —«Silencio». ¿Por qué quieres ir a Moscú?

—Mi padre prácticamente vive ahí ahora. Ya sabes que no tiene cuidado con el colesterol. ¿Y si está enfermo y no quiere que lo sepa?

—Te prometo que no está enfermo.

Al ver la sinceridad de su mirada, lo creí. Esta certeza me quitó algo de peso de los hombros, pero también añadió otro.

—¿Y si está metido en algún lío? —Había conocido a una buena cantidad de los socios de mi padre y no había ninguno con el que pudiera sentirme cómoda estando a solas.

—Y cuando estés allí, ¿qué podrás hacer tú si tiene problemas?

—Ponerme en contacto con la policía.

Ivan no parecía muy convencido. En realidad, tras observarme unos segundos, lanzó una mirada desinteresada a la bahía y soltó un suspiro. Denotaba cierta tensión, como si la idea de que acudiera a la policía rusa lo divirtiera y lo inquietara a partes iguales.

Sus ojos se fijaron de nuevo en los míos, aparentemente ajenos a la marea que le empapaba los zapatos italianos.

—No sabes cómo funcionan las cosas allí.

Apreté los dedos alrededor de la cajita de los pendientes. Eso solo era cierto porque no me dejaban ni una pizca de libertad, pero contuve el comentario.

—Si no tienes cuidado, Ivan, acabarás estallando por toda la confianza que depositas en mí.

Su expresión seca no daba señales de que estuviera a punto de estallar.

—Estamos en enero.

—¿Y?

—Cuando estuvimos en Aspen el año pasado te quejaste del frío. Estábamos a cuatro grados.

—Solo un esquimal pensaría que cuatro grados no es frío —respondí con convicción—. De todas formas, no soy tan delicada. Puedo con un simple resfriado.

Una fuerte brisa eligió el peor momento para soplar y traer un frente frío desde el Atlántico. Reprimí un escalofrío, aunque, por supuesto, Ivan se percató.

Se quitó la chaqueta del traje, me la puso en los hombros y me colocó un mechón de cabello rubio detrás de la oreja.

—Ahora ya tienes veinte años, no necesitas que papá te coja de la manita.

Su comentario me dolió, pero tampoco creía que estuviera pidiendo tanto. No quería sentarme sola delante del árbol de Navidad únicamente con él y con nuestro cocinero Borya, ambos cobrando por estar ahí. No quería sentirme como la bailarina de la caja de música de mi tocador, girando en una eterna y agotadora pirueta solo para complacer a alguien que me había abandonado.

Había una parte que ni siquiera tenía que ver con todo eso.

—¿Qué hay de tu cita de mañana?

—No quiero ir —respondí desviando mi mirada hacia la bahía.

—¿Por qué no?

Busqué una respuesta razonable, pero me quedé callada. Si le dijera la verdad, Ivan me tomaría por loca.

—A tu padre le gusta Carter.

—Pues que salga con él.

—Mila —reprendió.

Durante años, papá había insinuado que le haría muy feliz que Carter se convirtiera en su yerno. Estaba convencida de que solo era porque su padre era un viejo amigo de nego-

cios y un famoso abogado de familias adineradas. Como siempre, había cedido ante la insistencia de papá y con Carter compartía un noviazgo tradicional desde seis meses atrás.

—Va a hacerme la pregunta mañana, ¿no? —inquirí desmotivada.

Debería ser ridículo proponerlo teniendo en cuenta que ni siquiera éramos monógamos. Cualquiera podía acceder a la *TMZ* para averiguar con quién se había acostado el *play-boy* de veinticinco años Carter Kingston. Sin embargo, iba a llevarme a The Grande, un restaurante conocido por las propuestas matrimoniales. Me imaginaba que su padre lo habría empujado a esa idea anticuada al igual que el mío lo había hecho conmigo.

Ivan no me dijo nada, pero sus ojos me revelaron todo lo que necesitaba saber.

Asentí a pesar de que por dentro la idea de decir que sí, de saber que tendría que forzarme para que esa palabra saliera de mis labios me hacía sentir atrapada en una caja de cristal que, lentamente, se iba quedando sin oxígeno, y en la que no podía más que golpear sus paredes, ahogarme, toser y suplicar aire.

Me obligué a reprimir esa sensación.

—Carter seguirá aquí cuando vuelva.

Ivan se quedó quieto un momento y decidió jugar su mejor carta:

—Sabes que tu padre no lo aprobará.

Me mordí el labio. En el pasado, cada vez que le había rogado acompañarle a uno de sus viajes de negocios, se había negado. Pero incluso de niña noté algo en su mirada, una chispa que me decía que no con más fuerza que si lo hubiera gritado. Nunca iba a tener permitido poner un pie en Rusia, eso estaba claro.

—Lo sé, pero ahora no está aquí, ¿verdad?

—No vas a ir.

Lo miré fijamente.

Ivan podía quejarse algunas veces, pero nunca me decía qué podía hacer y qué no. Siempre era «Sí, Mila», «Claro, Mila», «Como deseas, Mila». Era coña. Ese era el Westley embelesado y con espada de mis fantasías. Lo que quería decir es que nunca me decía «No, Mila». Si quisiera robar un banco, me ayudaría sin rechistar. Naturalmente, después se lo contaría a mi padre, pero se pondría un pasamontañas por mí.

La sospecha que tanto me había esforzado por mantener a raya explotó como si se tratara de un globo. Se apoderó de mi corazón y me lo retorció. ¿Qué escondía papá en Rusia?

¿Otra familia?

La única razón que se me ocurría por la que podría ocul-tarme algo así era que no me quería en sus vidas. Y, con el tiempo, tampoco en la suya.

«Je ne pleurerai pas. Tu ne pleureras pas. Nous ne pleurerons pas».

«No lloraré. No llorarás. No lloraremos».

Las conjugaciones me fallaron y una única y molesta lágrima resbaló por mi mejilla. Ivan me levantó la barbilla y me la secó. El suave roce de su pulgar me envolvió en calidez y satisfacción. Algo llenó el espacio que nos separaba. Un magnetismo. Una atracción. Un poco de electricidad. Algunos días, cuando me sentía particularmente asfixiada, se encendía más que otros.

Ninguno de los dos lo reconocía.

Mi excusa era la adivina a la que acudí con catorce años. A esa gótica edad, le pregunté cuál era mi propósito en la vida. Frunció el ceño sentada detrás de su bola de cristal, dijo que encontraría a mi hombre predestinado y que él me robaría el aliento. Probablemente fuera la respuesta genérica que

le dijese a todo el mundo, pero se me adhirió como el pegamento.

Respiraba bien cerca de Ivan.

Y con Carter solo experimentaba puro aburrimiento. Por no hablar de que era increíblemente persuasivo.

Se me estaba acabando el tiempo como los últimos granos que caen en un reloj de arena. Aun así, esperé. Esperé a algo más. A una idea tonta que me había metido madame Richie en la cabeza.

Esa era mi excusa.

Sentía curiosidad por saber la de Ivan.

Me incliné sobre el pulgar que me acariciaba la mejilla y lo miré a los ojos parpadeando suavemente.

—¿Cómo que es que nunca me has besado?

—Porque quiero seguir con vida —respondió inexpresivo.

Se me elevó la comisura de los labios. Nunca había oído a papá levantar la voz a nadie, mucho menos a Ivan, que era como un hijo para él.

—¿De verdad?

Me miró con seriedad y dejó caer la mano.

—No hablemos más de Moscú, ¿vale?

Dejé escapar un suspiro y asentí.

Lo vi recorrer el césped hasta la casa. El balanceo y la expansión del Atlántico se instalaron en mis huesos como una sensación de añoranza y aislamiento del resto del mundo.

El móvil me vibró dentro del bolsillo del vestido y me sentí tentada de ignorarlo, pero acabé mirándolo de todos modos.

Papá: Feliz cumpleaños, ángel. Perdón por habérmelo perdido. Los negocios, como siempre. Lo celebraremos cuando vuelva a casa.

Entró otro mensaje.

Papá: Diviértete mañana. Carter es bueno para ti.

Me guardé el móvil en el bolsillo y reemplacé mis pendientes por los diamantes sintéticos azules. Me los imaginé brillando como el corazón del Océano mientras el mar me arrastraba hacia abajo, suspendida para siempre entre respiraciones entrecortadas, collares de perlas y los sonidos solitarios del océano.

Eso fue lo que me convenció.

«Mañana estaría en Rusia».